

GOMBELA

Y SUNI-ADA.

TRAGEDIA

EN QUATRO ACTOS.

SU AUTOR

EL LIC. DON JUAN FRANCISCO DEL PLANO,
ABOGADO DE LOS REALES CONSEJOS,
RESIDENTE EN ZARAGOZA.

MADRID
EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.
AÑO DE 1800.

ADVERTENCIA.

La escena es en el Palacio Real de Candi, capital de Ceilan. En el fondo debe haber un solio con una pequeña gradería, y cubierto con cortinas; por adorno tiene en su remate una cabeza de elefante. Por encima corre una galería que cruza lo ancho del salon: debaxo hay á cada lado de la gradería una pequeña puerta, indicando ser de prisiones reservadas.

NOTA.

El trage se reduce en los hombres á dos camisas, la primera blanca y lisa; la segunda rayada, y muy plegada en los brazos, y á la espalda; las dos se sostienen por la cintura con una grande faxa azul, ó encarnada, y en ella afianzada una grande cuchilla: en la cabeza usan un gorro alto; este es el trage de los nobles. Los soldados llevan una sola camisa, gorro, rodela y fusil, ó espada, ó lanza.

Las mugeres llevan una camisa sembrada de flores de color, un prendido de tela de seda, y muchos adornos de oro en anillos, brazaletes y cerquillos en piernas, brazos y cuello.

Solamente el Rey puede usar calzado.

ACTORES.

DARMA. Usurpador del trono de Ceilan.
SEÑOR RAFAEL PEREZ.

DAGLIBO. Confidente suyo.
SEÑOR ANTONIO PONCE.

GOMBELA. Legítima heredera del trono.
SEÑORA RITA LUNA.

SUNI-ADA. Primo, y amante de Gombela.
SEÑOR JULIAN DE LA PEÑA.

TIRMALA. Anciano, confidente de Suni-Ada.
SEÑOR ANTONIO PINTO.

DON PEDRO LOPEZ DE SORA. Portugues, Gobernador de Malaca.
SEÑOR LUIS NAVARRO.

ACTO PRIMERO.

Darma y Daglibo.

Darma. No calma, amigo, la terrible lucha
que en mi azorado espíritu sostengo.
Baxo de un exterior dulce y tranquilo,
yo llevo un triste corazon cubierto
de espanto y de terror. En vano, en vano,
siempre fértil en útiles consejos,
tu astucia apura los resortes todos,
por remitir un rayo de consuelo
á mi alma atribulada.
Dagl. Pero Darma,
de Ceilan soberano, aquel guerrero
á quien su libertad la patria debe,
el terror del intrépido Européo,
¿tiembla ahora? ¿qué nuevos infortunios
amenazan tus glorias?
Darma. Los momentos
mas terribles son estos de mi vida.
¡Ay Daglibo! Do quier mis ojos vuelvo,
un fiero abismo de peligros hallo,
que me sumerge en su espantoso seno.
Pero enmedio tal vez de mis temores,

la saña hierve en mi implacable pecho,
y furor y venganza respirando,
á mi valor sugiere planes nuevos.
Tú sabes bien quién soy, sabes quién eres:
nacido en lo mas ínfimo del pueblo,
y trasladado de la humilde choza
de mi palacio á un baxo ministerio,
yo te saqué del centro de la nada:
te elevé á mi amistad. De los Hondreos
en vano el grito tumultuario quiso
excluirte de mi lado. En el momento
que yo de tí mi proteccion retire,
volverás á ser nada; á ser del pueblo
el escarnio, y objeto de venganza
para los nobles.

Dagl. Sé quanto te debo;
sé que tu hechura soy. ¿Pero no he sido
un fiel executor de tus preceptos,
á costa de exponer mi propia vida,
al ódio pertinaz de todo un reyno?
Quando el camino de Ceilan al trono
osaste abrir, tus manos y tu acero
tiñendo con la sangre mal hadada
de tus hermanos, ¿quién del gran secreto
depositario fué? solo Daglibo.
¿Quién te proporcionó todos los medios

para la execucion disimulada?
Daglibo fué. Si por querer del cielo
á Gombela, tu hermana, no se pudo
dar la muerte tambien; y audaz huyendo
del Portugues al campo, ha preservado
sus dias á pesar de los esfuerzos
con que pasé á buscarla entre ellos mismos,
disfrazado en el trage de Européo,
tú sabes bien que en nada soy culpable.

Darma. ¡O qué azar á nosotros tan funesto!

Dagl. Corrí todo Ceilan una y dos veces,
buscándola sagaz, siempre sediento
de su sangre enemiga. La ocultáron
los Portugueses: educóse entre ellos;
y supimos poco ha, que por secreta
combinacion de incógnitos sucesos
faltó de su poder.

Darma. Y el rumor corre,
de que en el mio se halla ya hace tiempo.
Hoy se espera en palacio, como sabes,
del Xefe Portugues el mensajero,
que la entrega me pide de Gombela,
ó la guerra renueva en este imperio.
Pero no es esto, no, lo que me aflige.
Hice de tus deberes el recuerdo,
porque á depositar mis confianzas

voy en tí; escucha amigo: En el silencio
de esta noche, de un pérfido asesino
la mano amenazó en mi mismo lecho
á mi vida; yo estuve en las orillas
del sepulcro.

Dagl. ¡Qué escucho! ¡ó Dioses! tiemblo.
¿No cercaban tu cámara los guardias?

Darma. Es uno de ellos mismos el perverso.
Pensó engañar las sombras de la noche,
y sorprenderme en el tranquilo sueño.
Yo desperté, y lo oí; con osadía
sobre él pude arrojarme en el momento
de descargar el homicida golpe.
En esa prision queda: este secreto
á nadie todavía he revelado,
porque muy grandes cómplices sospecho
en el horrible crímen; y es preciso
del temor alejarlos, y el rezelo.

Dagl. ¡Atentado feroz! ¿Y Suni-Ada,
tampoco es sabedor de este suceso?

Darma. Nada sabe: ayer vino coronado
de mil laureles que ganó su acero
en la larga campaña en que las huestes
del insurgente Vátalo ha deshecho.
Pues nada sabe aun de quanto pasa:
tú nada le reveles; y en secreto

haz la guardia mudar de mi palacio;
la gente elige de mayor esfuerzo,
y Cabo que la mande; mis avisos
executa sagaz, y con silencio.

Dagl. Serás obedecido.

Darma. Mi fortuna
es la tuya.

Dagl. Tambien tuyo mi riesgo. *Vase derec.*

Darma. Donde esperé lealtad hallo la envidia,
como la yerba llena de veneno
tal vez se esconde entre vistosas flores.
Desde hoy no mas de mí fiarme debo.
La amable suavidad no es el resorte
que á su término lleva los proyectos
del que en la fuerza su poder apoya:
el furor, la amenaza y escarmiento
las sendas son por donde el crímen marcha,
quando llega á pisar el solio excelso.
¿Pero qué puedo hacer con Suni-Ada,
si él es traidor? Respetarán los pueblos
la sangre régia que en sus venas corre.
La formidable union de los Hondreos
de Ceilan á los Reyes siempre infausta,
en él mira su Xefe; un movimiento
puede excitar en ellos: mas que todo,
de sus virtudes la firmeza temo.

¿Pero temer?... si intrépido se arroja
á insultar mi persona, en el silencio
de una oculta prision haré que expie
su iniquidad sin revelarlo al pueblo,
y sin causar sospechas en los nobles.
Pero Tirmala llega su maestro,
su ayo y su confidente: disimulo.

Sale Tirmala.

Tirm. Rodeado, Señor, de pueblo inmenso,
á palacio se acerca Suni-Ada:
tambien de Portugal el mensagero
de entrar acaba en la ciudad.

Darma. Que espere
Suni-Ada contigo unos momentos,
miéntras las guardias doblo de palacio,
y de ocultas insidias me preservo. *Vase izq.*

Tirm. ¡Doblar las guardias!... ¡Preservarse Darma
de traiciones ocultas!... Yo no entiendo
este lenguage. ¿El Portugues acaso
pudo en él excitar algun rezelo?

Sale Suni-Ada.

Suni-Ada. Tirmala, ves al fin, que como leyes
inviolables observo tus consejos.
Ya vuelvo á este palacio detestable
del negro crímen espantoso centro.
El homicida vil de sus hermanos,

Darmà el usurpador del trono régio,
el que en mí un vengador temer debiera,
un servidor encuentra, un instrumento
con que extiende sus glorias y conquistas,
y le asegura el usurpado cetro.
¿Y era este mi deber? tú lo has querido.
Gobernaste mis años inexpertos,
y tu voz el camino señalaba
á mis acciones. Tus consejos fuéron
los que en vez de alejarme de este monstruo,
y armar mi mano de invencible acero,
á vivir á su lado me forzáron,
y á seguir sus banderas, que detesto.
Tirmala, ya es preciso que se corra
de tus planes políticos el velo.
El tenaz ódio que profeso al crímen,
el exâltado amor al sentimiento
de honor y de justicia, no permiten
que me engañe á mí mismo por mas tiempo.
Tirm. Jóven, mas generoso que prudente;
no siempre es provechoso el ardimiento
á la virtud. ¿Qué puede desarmada
la razon contra el crímen que el acero
ó fuego asolador lleva en su mano?
¡Qué sacrificios la virtud ha hecho
inútiles y amargos de sí misma,

por no querer templar su ardiente zelo!
Eras muy jóven quando el impio Darma,
de sus hermanos en la sangre envuelto,
empuñó el cetro de Ceilan. Las tropas
que él comandado habia tanto tiempo,
en hacer de su Xefe su Monarca,
tomáron interes. Iluso el pueblo,
y espectador qual suele indiferente
en aquellos sucesos y momentos
que deciden tal vez de su fortuna,
vió la trágica escena con silencio.
y sometióse alegre á la cadena.
¿Qué querias tú hacer?

Suni-Ada. Por los desiertos
vagar errante, maldecir el crímen,
llorar á solas el cruel suceso,
y no besar la mano que abomino,
y que bañada de la sangre veo
del justo sucesor de esta corona.

Tirm. La ambicion de un tirano no halla medio;
el que no es su sequaz, es su enemigo;
y trata como crímen al silencio.
Debiera tu retiro de la corte
sobresaltar á Darma, y mil rezelos
inspirarle funestos á tí mismo.
Educado vivias muy contento

entre los Portugueses. Al palacio
te hice sagaz venir, porque encubriendo
el ódio que alimentas en tu alma
contra el usurpador, de todo riesgo
preservases tu vida: aquí á su lado
observo sus menores movimientos,
y sé velár por tí.

Suni-Ada. Ya ser no puede
mi corazon forzado por mas tiempo.
Los sentimientos ves que he reprimido;
pero hoy quieren con ímpetu violento
de la cárcel salir que los ahoga.

Tirm. Mas hoy, ¿qué vuelves?...

Suni-Ada. Sí, Tirmala, vuelvo
victorioso á ofrecer nuevos laureles
á los pies de ese monstruo que detesto.
Pero vuelvo tambien determinado
á huir de su palacio: me avergüenzo
de haber el Xefe sido de sus armas,
y apoyado los bárbaros derechos
que le dió un exêcrable fratricidio.
Esta corona tiene justo dueño
en la infeliz Gombela, que se pudo
de Darma libertar, el dia horrendo
en que con sus hermanos ser debia
víctima triste del furor sangriento,

del iniquo homicida.

Tirm. ¿Pero acaso
se sabe su destino? ¿No se han hecho
por hallarla mil vivas diligencias,
que inútiles han sido? ¿Y hay un pueblo
que su nombre recuerde? ¿El negro olvido
no tiene sepultados sus derechos?
¿Y á entrar en un empeño te atrevieras
para ella inútil, para tí funesto?

Suni-Ada. Oye Tirmala, debo descubrirte
todo mi corazon. Quando el precepto
que mi padre, con labios moribundos,
te impuso de llevarme en años tiernos
á recibir mi educacion primera
entre los Portugueses, hallé en ellos
á Gombela, á quien daban otro nombre,
iniciada en sus dogmas y misterios.
Uniéronse de entónces nuestras almas;
y con los años nuestro amor creciendo,
fidelidad eterna nos juramos.
La brillantez del amoroso fuego
de nadie fué observada: mas ardian
nuestros dos corazones en secreto.
Jamas tan liberal naturaleza
adornó un corazon de sentimientos
mas puros, ni sembró en humano rostro

las finas gracias y atractivos bellos.
Tal es Gombela, amigo: su edad tierna
solo virtud respira: el Européo,
yo no sé con qué fines, la ha instruído
en el arte dificil del gobierno,
tanto, que á ser las ciencias y virtudes
unidas al político talento
las escalas del trono, ella podia
la corona ceñir del universo.
Por este mismo amor que nos unía
juré ser defensor de sus derechos,
y colocarla en el augusto solio
que ocupáron sus ínclitos abuelos.
Esta llama voraz que me debora,
reprimida en la cárcel del silencio
por el espacio largo de seis años,
recreció mas y mas: todo este tiempo
cuentan, amigo, las primeras ansias,
los primeros suspiros que mi pecho
exhaló por Gombela; enardecido,
ausente de sus ojos (pero lleno
de mi llama amorosa) á habitar vine
este palacio de maldades centro,
cediendo de una vez á tus instancias,
no tanto por salvar mi propio riesgo,
como por ver si puedo de Gombela

á la mano volver el patrio cetro,
cumpliendo con mi amor y su justicia.
La guerra se ofreció con el protervo
Vátalo, que una tropa de bandidos
en su favor juntó: y en este tiempo
supe que ya Gombela no exîstia
entre los Portugueses: rumbo incierto,
y cautelosa fuga la sacáron
de esta augusta tutela. Yo, sabiendo
la novedad, con mano mas activa
hice la guerra, y á palacio vuelvo
de mi pasion en alas conducido.
Tirmala, te descubro el gran secreto
que reservé en mi corazon. Gombela
es el centro de todos mis deseos.
En vano alguna vez apagar quise
llama tan peligrosa: yo no puedo
separarla de mí: la bella imágen
ocupa mis ardientes pensamientos,
y de todas sus gracias adornada
siempre en mi mente á mi Gombela veo.
Aunque su suerte, y su destino ignoro,
sabrá mi amor correr el universo
en su busca: y al fin en su defensa
exhalaré mis últimos alientos.
Tirm. Apruebo tu pasion: es de tí digna...

mas que puedas perderte en ella temo.

Suni-Ada. El rapto de mi amor no es susceptible
de leyes delicadas.

Tirm. El consejo
nunca á los hombres es mas necesario
que quando se enardecen sus afectos,
aunque por causa justa y generosa.
Darma sale: yo te amo y te amonesto
que nada determines por tí solo:
habla á Darma, que luego nos veremos. *Vas. der.*

Suni-Ada. ¡Que con fria ceniza cubrir deba
de mis pasiones el voraz incendio!

Sale Darma, que pone una espada encima de una mesa.

Suni-Ada. Vuelvo, Darma, á tu vista victorioso:
queda el rebelde Vátalo deshecho,
y entráron otra vez en tu obediencia,
perdido el Xefe, los ilusos pueblos.

Darma. Nunca pudiera serme tan propicia
tu venida: jamas me fué tu acero
tan preciso: mis dias amenaza
en el palacio insidiador secreto; —
y tu brazo ha de ser el que castigue
la exêcrable maldad.

Suni-Ada. ¿Cómo? ¿Qué riesgos
á la sombra del trono te rodean? —

Darma. El mayor.

Suni-Ada. ¿Pero dónde está el protervo?
Mi espada y brazo del castigo horrible
serán executores.

Darma. Y yo acepto
esa palabra. Al reo no conozco, *Con falsed.*
mas puedo presentarte el instrumento
con que iba á executar su infame crímen:
tal vez tú mismo por tan fácil medio
descubrirás al pérfido que quiso
en mi sangre teñir su vil acero.
Ve aquí la espada: mírala; sus filos
amenazáron mi inocente pecho.

Suni-Ada. ¡O Dios!... ¿Qué espada es ésta?...

Darma. ¿Qué? ¿Enmudeces?
¿La conoces tal vez? Ese silencio,
y ese rubor me llenan de sospechas.

Suni-Ada. La conozco: es la espada que tú mismo
al partir á la guerra me ceñiste.
¿Mas cómo vino á tu poder?

Darma. Sobre eso
yo debo preguntar; tú responderme.
Yo armé tu diestra del brillante acero, *Con sever.*
para defensa de mi honor y vida;
y lo veo volver hácia mi pecho
á descargar el alevoso golpe,

y ser de una traicion vil instrumento.
Tú sabrás á qué mano, y con qué causa,
la espada confiaste.

Suni-Ada. En un encuentro
con Vátalo el rebelde, mi caballo
del golpe de una pica cayó muerto;
y saltando la espada de mi mano,
desarmado quedé: en aquel momento,
de la lanza en la punta un enemigo
la muerte conducia hácia mi pecho,
y otro jóven corrió cubierto el rostro:
se opuso al crudo golpe con denuedo,
y trocando su espada por la mia,
despues de libertarme de aquel riesgo;
vive Suni-Ada, dixo: y esta deuda
de tí espero cobrarla en algun tiempo.
Yo no le conocí; quedé confuso,
y él desapareció qual leve viento.

Darma. Aventura muy propia de la guerra.
¿Pero tú al generoso aventurero
no conociste?

Suni-Ada. No: jamas lo he visto:
¿dudas de mi verdad?

Darma. ¡O! Quiera el cielo
que no pueda dudar, y que se vean
desmentidos del todo mis rezelos.

Ola, guardias.

Salen dos guardias, que abriendo Darma la prision, sacan con cadena en los pies á Gombeba, y se retiran.

Suni-Ada. ¡Qué extrañas confusiones
me combaten! Aquí hay algun misterio,
cuyo principio infausto no conozco.

Darma. Atiende Suni-Ada: este es el reo.

Suni-Ada. ¡O Dios, qué semejanza!...

Darma. ¿Te confundes,
y mudas de color, pálido y yerto? [justo...

Suni-Ada. Ella es; tiemblo... no hay duda... cielo

Gomb. No así á la confusion y al desconsuelo,
Suni-Ada, te entregues: no esperaste
ver á tu amigo entre cadenas preso,
y á la infamia cercano del suplicio.
Pero es por lo comun el hado adverso
á los hechos sublimes. Librar quise
la tierra de este monstruo, y con mi acero
despedazar sus pérfidas entrañas,
dando al crímen terrífico escarmiento.
Alistarme logré con disimulo
entre sus guardias mismos: al silencio
encomendé de la tranquila noche
la noble execucion de mi proyecto.
El me sobrecogió, que desvelado

supo fingir un sosegado sueño.
El golpe malogré; mas todavía,
aunque humillado en su poder me veo,
respiro aquel furor, que es de mí digno,
y confio enmendar mi desacierto.
Yo sé bien quánto me ámas: mas no imploro
ahora tu poder, ni tu consejo.
El consejo y poder tendré á mi lado,
y esto tal vez quando lo esperes ménos.
Un fiel silencio, en el amargo trance,
no mas te pido. Déxame contento
con esto solo: piensa bien quién eres,
piensa quién soy, y guárdame secreto.

Darma. ¿Este es el reo vil que no conoces?
Quando de su presencia estabas léjos,
ser su mismo verdugo prometias,
dando de la lealtad digno modelo,
¿á su vista enmudeces? ¿Dónde, dónde
estan los generosos sentimientos
de justicia y honor? ¿Dónde el caballo
y la caída en el fatal encuentro?
¿El trueque fabuloso de la espada?
¿La venida del jóven encubierto,
que te libró de la vida?

Suni-Ada. ¡O Darma! todo
quanto dixe es verdad.

Darma. Jóven perverso,
habla, y confunde á tu falaz amigo.
Gomb. Hablaré la verdad, no con objeto
de confundirle: es cierta la aventura
del caballo y la espada: á mi denuedo
debe su vida, sí; y tú las victorias
que despues ha logrado su ardimiento.
Pero oye otra verdad, que es mi designio
sobresaltar con ásperos rezelos
de tu malvado corazon la calma.
Suni-Ada es mi amigo hace ya tiempo:
sabe que nos amamos con ternura,
y que nos une el lazo mas estrecho
de un amor virtuoso.
Darma. Bien: me basta
ese tan eficaz convencimiento.
¿Qué respondes ingrato?
Suni-Ada. Mi destino
es sola mi disculpa.
Darma. Piensa atento
quál será mi deber, y quál el tuyo.
Suni-Ada. Es el mio morir por mi secreto.
Darma. Tal vez lo lograrás. Y tú, audaz jóven,
de tu prision obscura vuelve al centro,
que pronto quiero ver de quién esperas
el favor en auxîlios ni consejos.

Gomb. Tú verás quánto puede en las empresas
la firmeza de espíritu.
Darma. Tu empeño
es un ímpetu vano de tu furia.
Gomb. En la calma mayor un leve viento
de que no se hizo caso, desbarata
los planes del piloto mas experto.
Darma. Yo no sulco las hondas peligrosas;
vivo seguro en el tranquilo puerto.
Gomb. Hay uracanes, que en el puerto mismo
la mas robusta nave hacen fragmentos.
Darma. Antes que llegue tan infausto dia,
serás ya morador del triste averno.
Gomb. Allí á los cielos pediré venganza.
Darma. ¿Quándo del infeliz se acuerda el cielo?
Ola, guardias: tomad de Suni-Ada
la espada y el baston, que yo reservo
á otras manos mas dignas: ese jóven
vuelva de nuevo á su prision; y ordeno
que á nadie se permita de palacio
salir sin mi permiso.
Gomb. Te encomiendo,
querido Suni-Ada, la firmeza
y la fidelidad en el secreto.
Sabes quien soy. Aunque por mí murieses, [*Con*
ibas de gloria y de virtud cubierto [*mucho vigor.*

al sepulcro. No dudes que tu amigo
hiciera en lance igual por tí lo mesmo. *Vase.*

Darma. Soberbias expresiones que me llenan
el corazon de horror: este misterio
á toda costa penetrar procuro;
que de él pendiente mi fortuna veo. *Vas izq.*

Suni-Ada. ¿Podria yo esperar que entre estos mu-
se hallase disfrazado aquel objeto [ros
por quien ansias tan grandes he sufrido?
¿Luego ella fué la que acudió á mi riesgo
al caer del caballo, y de los brazos
me sacó de la muerte? ¡Justos cielos!
¿quál será mi deber en tal conflicto?
¿Me obstinaré en el áspero precepto
de no manifestar quién es? Entónces
muero víctima inútil, y la dexo
en mayor desamparo. Si descubro
su persona, apresuro los momentos
que su preciosa vida acabar deben.
¿Qué he de hacer? ¿Qué destino tan funesto
es el mio? ¿Con que placer baxára
á las tinieblas del sepulcro horrendo,
si así la suerte mejorar pudiese
que la amenaza! Si hablo, si el silencio
con un sello inmortal cierra mis labios,
nunca favorecer su causa puedo.

ACTO SEGUNDO.

Darma y Daglibo.

Darma. Sí, Daglibo; ese jóven temerario
que quiso en tumba convertir mi lecho,
no implora mi piedad, ni de los grillos,
ni de su horrible crímen siente el peso:
él me insulta; de nuevo me amenaza,
y amigos muestra mantener secretos
que impedirán ó vengarán su muerte.
Dagl. ¿Y escucharle pudiste sin que el pecho
en castigo le abrieses por tu mano?
Darma. La sangre ardió en mis venas: quise ciego
despedazar su corazon. Contuve
el impulso de mi venganza, viendo
con qué teson en ocultar se obstina
su nombre y su persona. Es un misterio
el jóven; un enigma que no alcanzo.
y que solo por él explorar puedo.
Su intrepidez osada, su constancia
inexpugnable, su ira y ardimiento
un alma no vulgar en él anuncian:
si te he de hablar verdad, casi le temo...
una conspiracion sagaz y oculta

se puede rezelar. Este protervo
tiene con Suni-Ada muy estrecha
y secreta amistad.

Dagl. ¡Qué escucho, cielos!
¡Qué Suni-Ada á conspirar se atreva
contra tu vida!

Darma. No: no sé de cierto
que se haya en este crímen complicado:
pero él conoce al alevoso reo,
y á descubrir quién es tenaz se niega.
¡Quánto me es sospechoso tal secreto,
y esta amistad cuyo principio ignoro!

Dagl. ¿Pero al fin, qué resuelves?

Darma. Un veneno
forzará á Suni-Ada á descubirme
el arcano; sino con su secreto,
irá á precipitarse en el abismo.
Así no temeré que quiera el pueblo,
por su virtud fingida fascinado,
sostenido tal vez de los Hondreos
(casa ilustre, y rival del trono augusto)
su castigo impedir. En el silencio
de este obscuro recinto, con su muerte
calmaré mi cruel desasosiego.
Y despues teñiré mi mano misma,
con la sangre feroz de ese perverso

jóven no conocido. Así disipo
la sombría borrasca con que el cielo
amenaza mis dias. De Gombela,
errante acaso, y sola en los desiertos,
¿qué puedo yo temer?

Dagl. Tirmala viene. *Mira á la der.*

Darma. Por ahora su vista evitar debo. *Vase izq.*

Dagl. ¡O qué série de casos se combina!
¡Qué dia se prepára tan funesto!

Sale Tirmala.

Tirm. ¿Qué novedad, Daglibo, qué mudanza
tan no esperada en el palacio advierto?
Las guardias se han doblado, y á ninguno
se permite salir. ¿Podrá ser cierto
el rumor de que un pérfido esta noche
quiso á Darma matar?

Dagl. Sobre el suceso,
pregunta á tu discípulo querido,
á Suni-Ada. Su ayo y su maestro
fuiste en su juventud: tú lo enviaste
á adquirir en los cultos Européos
esa fina moral de que se jactan,
hollando con un vano menosprecio
(solo por no ser suyas) las costumbres
de estos sencillos é ignorados pueblos.
¿Mas qué virtud produce la cultura?

La doblez, y el astuto fingimiento,
que con un baño de justicia doran
los crímenes mas pérfidos y horrendos.
Por tí lleva gravados Suni-Ada
en su alma los mas baxos sentimientos.

Tirm. ¿Qué vil idioma es ese? ¿Cómo insultas
al héroe de Ceilan?

Dagl. Insulto al reo
del crímen mas atroz.

Tirm. ¿Quizá lograste
un lazo armar á la inocencia?

Dagl. Presto
quién es el impostor va á descubrirse:
á tu engaño, y el suyo se alza el velo. *Vas. der.*

Tirm. ¡O palacios! ¡O cuevas espantosas,
do la perfidia de su horrible seno
un torrente de crímenes arroja,
que en lágrimas inunda al universo!
¡O quán á costa suya el virtuoso
exerce la virtud entre perversos!

Sale Suni-Ada.

Suni-Ada. Ay Tirmala: el destino se declara
contra mí: necesito tus consejos
mas que nunca: me ves ya desarmado,
desposeído del baston, y preso
aunque con engañoso disimulo;

y le restan tal vez pocos momentos
á mi mísera vida.

Tirm. Suni-Ada.
¿Tú has querido manchar el noble acero
con la sangre de Darma?

Suni-Ada. La inocencia
no ha brillado jamas tanto en mi pecho.
En no queriendo ser tan virtuoso
en lugar de castigo, tendré premio.

Tirm. De horror y confusion se llena mi alma:
todo el palacio en sobresalto observo,
y con semblante triste y agitado,
veo cruzar freqüentes mensajeros.
Ha mudado la guardia de repente
Daglibo, y sostituye todo un tercio,
de los que ayer llegáron de campaña
contigo.

Suni-Ada. Ese accidente es mi consuelo.
No sabe él quanto me aman estas tropas.
En fin, Tirmala amigo, no podemos
salir, ni hablar con libertad. Si me amas,
procura aprovechar estos momentos,
que en pos de sí nuestra fortuna llevan.
No puedo todo el trágico suceso
en que me encuentro referirte. Busca
al Cabo de la guardia, y que me veo

(dile) cercano á rigurosa muerte:
trata el caso con él, ningun recelo
turbe la generosa confianza
á que es acreedor. Dispon los medios
de que yo salga, y sea á qualquier costa.
Parte; no te detengas: si nos vemos
fuera de este palacio, por la prenda
armado volveré que en él me dexo.

Tirm. Si obrar fuere preciso, todavía
tiene fuerza mi brazo, ardor mi pecho. *Vas. der.*

Suni-Ada. Pasó el tiempo del arte y disimulo:
ya la virtud no puede sus derechos
sostener, no llegando á la violencia.
Por ese sol que desde el alto cielo
del universo el ámbito ilumina,
juro exhalar mis últimos alientos
por mi justa pasion, y la inocencia
que el gran tirano de Ceilan resuelto
y temerario en mi Gombela oprime.

Sale Darma.

Darma. Suni-Ada; yo espero que el empeño
de ocultar á ese pérfido abandones,
y su nombre me digas. Te recuerdo
lo mucho que te amé desde tu infancia.
Tampoco olvidaré lo que te debo,
y quán leal corresponder supiste

á la alta confianza que ántes he hecho
de tu fé y tu valor. De paz te busco,
y hablo contigo en amistoso ruego,
muy léjos del rigor. Perder no quieras
tantos años de mérito: un momento,
va á obscurecer tus glorias y virtudes.
Mira que te habla quien con un acento,
con una seña, puede de tu vida
ó de tu muerte decidir. Mi afecto
tierno qual siempre, aunque agraviado, ofrece
perdonar lo pasado, y envolverlo
en silencio inmortal. Solos estamos;
nada temas: confiame el secreto,
que con tan ciega obstinacion reservas:
ya ves que puedo convertir el ruego,
en fuerza y en terror.

Suni-Ada. Sea fingida,
ó natural esa blandura, el cielo
no quiere que yo pueda disfrutarla:
despliega tu poder; dispon tormentos;
corra á tus pies mi sangre; pero siempre
combatirás en vano mi silencio,
y yo seré infeliz, no delinqüente.

Darma. Quéjate, pues, de tí.

Suni-Ada. Solo me quejo
de un destino cruel é irrevocable.

Darma. Serás feliz si aclaras el misterio.
Suni-Ada. La fuerza del secreto, de mis labios
al ir á hablar retira mis acentos,
y con su peso el corazon me oprime,
que en su amargura consumirse siento.
Darma. Está bien: ola guardias: ved la llave
de esa obscura prision; sacad al reo.
Suni-Ada. ¡O quánto me consterna mas que el mio,
en tales ansias el peligro ageno.

Sacan á Gombela, y se retiran los guardias.

Darma. Ves á tu triste amigo, Suni-Ada:
si tanto amor te debe, yo te dexo
árbitro de su vida. Te conjuro,
por ese afecto generoso y tierno,
con que en su amarga suerte te interesas,
á que declares el fatal secreto.
Dime quién es; no ocultes mas su nombre,
y piadoso la vida le concedo,
siendo un simple destierro su castigo.
Suni-Ada. ¿La vida le concedes?
Darma. Yo te empeño
mi palabra real.
Suni-Ada. ¿Podré creerte?
Gomb. Firmeza, Suni-Ada: tu silencio
jamas importó tanto.
Suni-Ada. Si tu vida

otorga, ¿todavía callar debo?

Gomb. El aspid siempre es aspid, aunque cubra
entre las flores su letal veneno.
No mas camina su falaz promesa
que á arrancar de tus labios el secreto,
y lograr por el arte y la perfidia,
humillar tu constancia y ardimiento.
Revelarle quien soy, y conducirme
del sepulcro al horror, todo es lo mesmo.
Sella tus labios, pues. Quizá la suerte,
en tu favor suavizarán los cielos.

Darma. ¿A dónde llega en tal violento giro
tu desesperacion, jóven soberbio?
¿Quién eres tú, que mi poder insultas,
y tu vida desprecias?

Gomb. No te temo:
sabe que soy un enemigo tuyo,
que en tu sangre teñir quiso su acero.
Lo demas lo sabrás dentro de poco.

Darma. En este mismo instante he de saberlo.
Ola, guardias: la copa.

Dos guardias sacan una copa.

Suni-Ada,
te íntimo irrevocable mi precepto.
O el arcano descubres, ó tú mismo
vas á aplicar ese mortal veneno,

de tu amigo á los labios.

Suni-Ada. ¡Cielos qué oygo!

Darma. No admito mas excusas ni pretextos.
Toma la infausta copa. ¿Qué? ¿Suspiras,
de palidez y de terror cubierto?
Esas vuestras miradas dolorosas,
con que os despedazais en el silencio
los afligidos corazones; llenan
el mio de placer.

Gomb. ¡O monstruo horrendo!
¿quién de tí ménos esperar podia?

Darma. Suni-Ada, ¿por fin estás resuelto?

Suni-Ada. ¿Y no ha de ser á la piedad sensible
tu grande corazon por un momento?

Darma. Mi decreto fatal debe cumplirse:
ni un punto mas de dilacion concedo.

Suni-Ada. ¡O que amargura! Desgraciado amigo;
tú mis angustias ves, y ves tu riesgo:
mi intrépida firmeza te es inútil.
¿Permites que descubra el gran secreto?

Gomb. Elijo ántes morir.

Suni-Ada. ¿Y de tí, Darma,
ménos rigor tampoco esperar puedo?

Darma. El veneno al traidor, ó á mí el arcano.

Suni-Ad. Mírame, Darma, que á tus plantas puesto,
mi dolor exhalando entre suspiros,

con llanto lastimoso inundo el suelo.
Las lágrimas primeras que han saltado
de mis ojos, son éstas. Te recuerdo
la sangre que he vertido en tu defensa,
las veces que arrastrando con denuedo
la muerte en la campaña, he sostenido
la gloria de tu nombre entre mil riesgos.
Sé benigno una vez con quien ser supo
tantas por tí leal.

Darma. El vil secreto
descubre á tu Monarca, ó á los labios
de ese amigo traidor llegue el veneno.

Suni-Ada. ¡Ay amigo infeliz! El crímen triunfa:
la fuerza del destino es un violento
uracan que en su seno precipita
igualmente los malos que los buenos; *A ella.*
y tal vez para aquellos mas benigno,
su aplacable furor descarga en éstos.
Tú ves mi corazon despedazarse
entre los mas crueles sentimientos,
y sin provecho tuyo. Nada sirve
la constancia tenaz de mi silencio.
Si hablo te mato; mátote si callo;
no sé qué hacer en el conflicto acervo.
Oye Darma: la copa está en mi mano; *A Darma.*
mas no me han dado un corazon los cielos,

tan ferino y tan bárbaro, que pueda
con el horror cumplir de tu precepto.
Y tú, amigo, las últimas palabras *A ella.*
de quien tanto te estima, escucha atento,
y admite grato la postrer fineza,
que en el altar de la amistad ofrezco.
Fuerza es ceder al hado: mas mi mano
no será tu verdugo. Si no puedo
darte la vida, qual mi amor desea,
no te daré la muerte por lo ménos.
Tú ves nuestros comunes infortunios.
No esperé mas delicias ni consuelo,
que vivir á tu lado. Amor un dia
oyó mis fervorosos juramentos,
pero los contradixo la fortuna,
y los lazos mas firmes ha deshecho.
Huyamos este mundo fascinado,
perseguidor de la virtud: yo debo
partir á las regiones donde mora
el descanso eternal: allí te espero,
y en júbilo apacible nuestras almas
renovarán sus dulces sentimientos.
A Dios, amigo; á Dios, Darma: mis labios
va á cerrar para siempre este veneno.

Gomb. Detente Suni-Ada: esa ponzoña *Quitándo-*
es no mas para mí: yo soy el reo, *le la copa.*

y complicar no debo al inocente.
En fin, Darma cruel, ¿quál es tu intento?
¿saber quién soy? venciste al fin, tirano:
el arcano terrible te revelo.
Soy vasallo y amigo de Gombela,
la justa sucesora de este cetro,
que el crímen mas atroz puso en tu mano.
Por ella á servir vine aunque encubierto,
entre tus guardias, y por ella quise
con tu sangre feroz bañar tu lecho.
No debes saber mas: esto te basta: *Arroja*
sacia en mí tu furor, que no te temo. *la copa.*

Darma. ¿Y Gombela por viles emisarios
mi muerte solicita?

Gomb. ¿Y qué otro medio
para dar la victoria á su justicia,
reserva á la infeliz el hado adverso?

Darma. ¿Y quál es su justicia?

Gomb. ¿Tú la ignoras?
Ambos sois hijos del Monarca excelso,
que ciñó de Ceilan la gran corona.
Mas no condecoró tu nacimiento
la dignidad del himeneo justo.
Tu madre de la clase vil del pueblo,
no pudo habilitar su prole indigna,
fruto de un ilegítimo deseo.

Mas tú de la justicia el sacro grito
callar hiciste, quando, el padre muerto,
en tus hermanos jóvenes osaste
ensangrentar tu regicida acero.
El cielo justo reservó á Gombela,
para vengar un dia tus excesos.

Darma. ¿Y esa engañada jóven todavía
con un valor ageno de su sexô,
piensa del solio derrivarme? ¿A tanto
llega su loca obstinacion?

Gomb. El cetro
de Ceilan es su herencia: ella ha nacido
para llenar el alto ministerio
de esparcir (afrontando los peligros)
gloria y prosperidad sobre sus pueblos.
El bien de sus vasallos es el suyo;
suyas son sus desgracias. ¿Y qué? ¿Al verlos
en la desolacion, y el abandono,
víctimas del capricho de un perverso,
ha de ser en la escena lamentable
tranquila espectadora? Si el empeño
exîge el sacrificio de su vida,
lo hará Gombela, su deber cumpliendo.

Darma. Tal el vano lenguage ha sido siempre
del que subir pretende al trono régio.
Es fácil afectar en tal estado

esos tan generosos sentimientos.

Gomb. Y sin ellos el trono titubea.

Darma. Puédese conservar por otros medios.
¿Pero quién eres tú, que á entrar te atreves
en disputa conmigo? Yo te quiero
dar una prueba firme, Suni-Ada,
de que tus grandes méritos aprecio,
y de que en mi alma queda un fondo amable
de sensibilidad. Por tu respecto
perdonaré la vida de ese jóven,
si detesta á mis pies su vil proyeto,
y dexando el partido de Gombela,
donde esperar no puede honor ni premios,
con un igual teson el mio abraza.
Tú le debes la vida; yo te debo
importantes servicios: de este modo
los dos nuestro deber cumplido habremos.

Suni-Ada. ¿Qué respondes, amigo miserable?

Gom. Que yo su gracia y su piedad detesto.

Suni-Ada. ¿Sostener puedes la impresion terrible
que en tí debe excitar este suceso?

Gomb. La muerte es á mis ojos ménos fiera,
que seguir el partido de un perverso.
¿Y á qué me reconvienes, si tú sabes
que yo sus gracias aceptar no puedo?
La muerte elijo.

Darma. Jóven temerario,
¿eres alguna furia del aberno?
Gomb. Soy quien piensa humillarte.
Darma. Tu deliras
en fuerza del dolor.
Gomb. Entre estos yerros,
percibo que mi espíritu se eleva
en desusado y generoso vuelo.
Darma. Una vaga ilusion es tu esperanza.
Suni-Ada. ¡O cómo se duplican mis tormentos,
al paso que se aumentan los azares!
Darma. Pues dé mi gracia abusas, vuelve luego
á tu prision.
Gomb. Amado Suni-Ada, *Va á la*
tu martirio, no el mio, es el que siento. *prision.*
Darma. Quando el arcano penetrar creía,
en nuevas dudas sumergirse veo
mi espíritu perdido, y que me estrechan
con mas rigor mis fúnebres recelos.
¿Y tú en tanto te obstinas Suni-Ada
en la temeridad de tu secreto?
Suni-Ada. La gratitud lo exîge: es inviolable
la amistad.
Darma. Pero nunca á los efectos
particulares el turbar es dado
de la pública cáusa los derechos.

¿Al interes de un Rey ceder no deben
las delicadas leyes del secreto?
Suni-Ada. Si supieras tal vez...
Darma. No hay mas respuesta,
que morir, ó cumplir con mis preceptos. *Vas. izq.*
Suni-Ada. Ya su desolador y mortal rayo
amenaza lanzar sobre mí el cielo;
si Tirmala y el cabo de la guardia
no acuden con un pronto movimiento
en mi ayuda y favor, todo se pierde.
Fortuna en desagravio de los yerros,
que protegiendo la maldad cometes,
una vez sé propicia por lo ménos
á la virtud. ¡O vanas ilusiones!
¡O funestos y míseros recuerdos
de un desgraciado amor! ¡O cómo paso
desde el temor á la esperanza! y luego,
como aquel que en las sombras de la noche
del rayo de la luz queda mas ciego,
disipado el alvor de la esperanza,
con mas horror á mi abandono vuelvo.

ACTO TERCERO.

Darma y Daglibo.

Darma. Oye Daglibo, el jóven impetuoso
me atemoriza: osado en sus palabras,
y en sus acciones invencible, sabe
introducir la confusion en mi alma.
Por mas que en mi exterior gravar procuro
el sello de una firme confianza,
con dulce paz, mi mente congojosa
mil sombrios recelos sobresaltan.
Casi resuelto estoy á que en secreto,
al filo de un puñal, despida su alma
en la obscura prision. ¿Acaso apruebas
mi determinacion?
Dagl. Será acertada
si es por unos momentos diferida.
En este instante el Portugues se aguarda
que te pide á Gombela. Si tú ignoras
quál su destino es hoy; y al jóven matas,
¿por quién puedes acaso descubrirlo?
quedas del Portuges á las instancias,
sospechoso en las sombras del silencio,
y tendrás por fingida tu ignorancia.

¡O cómo entónces se aventura todo!
Si el Europeo odioso en su demanda
insistiere tenáz, por ese jóven
podrás justificarte: en él prepáras
un testigo invencible de que ignoras
de Gombela el destino. Despues trata
de manchar con su sangre las paredes,
que su persona y su delito guardan.

Darma. Dices bien: un momento contengamos
dentro del pecho la ardorosa saña.

Dagl. ¿Y sobre el Portuges qué determinas?
¿volver acaso piensas á las armas?

Darma. Son arto desiguales hoy mis fuerzas,
pero nuevos arbitrios no me faltan.
Tú sabes quán odioso me es su nombre
desde que pisan de Ceilan las playas.
Mi débil padre resistir no pudo
de estos fatales huéspedes la entrada;
aunque deshecho en ásperos combates,
repitió con furor muchas batallas.
Y miéntras las banderas Portuguesas
hácia los muros de Candi marchaban,
tremoladas por manos vencedoras,
yo, qual leon oculto en las montañas,
el furor y venganza derramando
nuevas huestes junté: con mortal rabia

me arrojé al vencedor y le deshice
de tres prósperos años las ventajas.
Sus tropas que vencí reconcentráron
en ese fuerte que Columbo llaman:
á la orilla del mar con arte burlan
mi astucia y osadía: coronadas
sus torres de estruendosa artillería,
son asilo invencible de sus armas.
Con los socorros que por mar reciben
en nuestros mismos campos nos atacan,
y una guerra nos hacen mas dañosa,
aunque ménos activa. Fatigada
esta grande isla sostener no puede
sus esfuerzos y pérdidas: la acaban
aun las mismas victorias que consigue,
y el furor suspendiendo de las armas,
una forzosa paz que abrazar tuve.
Pero hoy, Daglibo, pienso restaurarla
por medios mas suaves. De la Europa
un dia deberá estrellarse en Asia
la ambicion ciega. Establecerse quieren
los que Holandeses, llaman en las playas
del ameno Ceilan. Tengo en secreto
convenida con ellos una alianza.
Si el fiero Portugues en que le entregue
á Gombela insistiere, su amenaza

con otros Europeos burlar pienso,
que en mi ſavor desnudarán la espada.

Dagl. ¡O qué combinacion tan sabia y cuerda!

Sale Tirmala.

Tirm. El Portugues permiso te demanda
para entrar á exponerte su mensage. *Vas. Tirm.*

Darm. Aquí lo espero. ¿A dónde la arrogancia
llega del Portugues? ¡Pedirme osado
á Gombela! Y aunque ella se encontrára
en mi poder, ¿qué importa su persona
á Portugal? Si acaso volver trata
á la guerra, ¿por qué busca pretextos
que su justicia y su valor degradan?

Descúbrese el trono adornado de trofeos militares, y sube á él Darma. Sale D. Pedro Lopez de Sora con algunos soldados Portugueses que quedan atrás, y precedido de tropa de Ceilan que se tiende cerca del trono, y la galería se corona tambien de guardias. Con Lopez salen Tirmala y Suni-Ada.

Lopez. Salud, Rey de Ceilan. Digno vasallo
del mayor y menor de los Monarcas,
xefe de sus dominios en oriente,
y general de sus invictas armas,

de paz, ó guerra á tu presencia vengo,
como te agrade mas. Con la desgracia
mayor que temer puedes te amenazo,
ó el bien mayor que cabe en la esperanza
prometo darte: guerra de exterminio
si á mis designios oponerte tratas:
si á mi querer y arbitrio te sometes,
paz, mi amistad, y de mi Rey la gracia.

Dagl. ¡Idioma presuntuoso!

Tirm. ¡Atrevimiento
y ciega vanidad!

Suni-Ada. ¡Rara jactancia!

Darma. Toma asiento, y expon de tu venida
con brevedad y sencillez la causa.

Lopez. No siempre la extension de los dominios
ha de ser de una guerra porfiada
objeto lastimoso: la defensa
de la inocencia ha de empeñar las armas
alguna vez; y Portugal las suyas
desnudar quiere por tan justa causa.
Hemos sabido, ó Darma, que Gombela,
hija de Raigu, de Ceilan monarca,
se encuentra en tu poder: quizá la tienes
de tu antiguo rencor víctima infausta,
próxîma á perecer entre prisiones.
La humanidad y la justicia exâltan

al zelo portugues: por ella pide,
y su persona por mi voz reclama.
¿Qué asechanzas, qué insultos temer puedes
de una débil muger abandonada
en orfandad y desamparo amargo
al furor del destino? Hoy mismo, Darma,
me entregarás á la infeliz Gombela;
ó veinte mil guerreros sus espadas
levantarán, su trono amenazando,
de luto y de terror llenando al Asia.

Darma. Portugues mensagero, si en Europa
esa hinchazon se sufre y arrogancia
á la vista del solio, otro respeto
exîgen en oriente los Monarcas.
Yo ese tono orgulloso no sufriera
ni al mismo Lopez Sora, de Malaca
Gobernador, y de su Rey, valido.

Lopez. Pedro Lopez de Sora es el que te habla.

Darma. ¡Otro ardid! ¿Y por qué cubrir tu nombre,
y ocultar tu persona? ¿No avisabas,
que un Cabo de los tuyos embiarias?

Lopez. Es digna de mí mismo la embaxada.

Darma. ¿Es digno de un Virey, y un gran guerrero
el frívolo mensage, cuya instancia
de una débil muger la entrega tiene
por el único objeto?

Lopez. La importancia
de este mensage á que en persona vengo;
toda entra en mis designios: esto basta.
Pido á Gombela: tú, niega, ú otorga.

Darma. Vuélvete, Portugues, ácia la playa
á encerrarte en tus fuertes y castillos,
y respeta este trono. ¿Ves las armas,
los ilustres trofeos, y pendones
que hoy son adorno suyo? Tu arrogancia
mejor es que destines al recobro
de esos despojos, que el valor ensalzan
del Ceilanes, y anuncian tus derrotas.
¡Pedir una muger! ¿Así degradan
su virtud varonil los Européos?
¿Tan ténue objeto á su valor señalan?
¿Y qué derecho al fin tener presumes
sobre Gombela? Si en mis tierras se hálla,
puesto que Portuguesa no ha nacido,
¿qué os interesa su persona? Nada.
Vuélvete, Portugues, y considera,
que no es Gombela mina de oro ó plata,
para que empeñes tu valor.

Lopez. ¿Insultas
al que siempre temiste en la campaña?
Gombela entre nosotros se á educado,
y la augusta tutela que la guarda

á nombre de mi Rey, faltar no puede
á su deber.

Darma. Y en mí sería infamia
recibir dentro de mi trono mismo
las leyes que un contrario me dictára.

Baxa del trono.

Lopez. ¿Al fin la guerra eliges? *Levantándose.*

Darma. No la teme
mi valor, mas tampoco la declara.
Yo no sé de Gombela: la carrera
por donde guia el sol su ardiente llama,
miéntras nos dexa en estrelladas sombras,
no es mas desconocida para Darma
que el rumbo oculto que Gombela sigue:
Européo, yo ignoro dónde se halla
esa muger: lo juro: ¿esperar puedes
satisfaccion mas noble de un Monarca
que ama la paz, y que por ella olvida
la ofensa de su honor?

Lopez. Por esta carta
el derecho verás con que reclamo
á Gombela, y que es falsa la ignorancia
que sobre su destino afectar quieres.
Tú la ocultas: entre estos muros se halla.
Si hoy la pido pacífico, guerrero
en su busca sabré volver mañana.

Darma. ¿Olvidarás que el portugues orgullo
suele estrellarse en el valor del Asia?

Vase Lopez acompañándolo Suni-Ada y Tirmalá.

Daglibo, espera. ¿Has visto qué torrente
de infortunios los cielos hoy desatan
contra mí?

Dagl. Mil designios encubiertos
temo del Portugues en la embaxada.
Veo el genio implacable de la guerra
que á encender vuelve su funesta llama,
y la desolacion, muerte y luto
esparce en esta tierra desgraciada.
Pero como tu trono no vacile,
naufrague el universo en sangre humana,
sosténgase en tus sienes la corona,
y ningun medio se repruebe, Darma;
cercano tu exterminio nos anuncia
del vano Portugues la audaz demanda:
él te pide á Gombela; tú no sabes
su destino; mas eso no lo acalla.
Yo penetro su pérfido designio,
que es conducirla á su poder; guardarla;
dar fuerza á sus derechos con el tiempo,
y los tuyos hollar.

Darma. Me sobresalta
ese mismo temor. Mas quando sea

tal el soberbio plan que Lopez traza,
no estamos tan escasos de recursos:
Gombela no parece; y el hallarla,
fruto ha de ser de largas diligencias.
Y miéntras que la guerra se prepara,
¿oponer no podemos un contraste
á Portugal en su rival Holanda?
Mas, pues estamos solos, el misterio
descubramos, Daglibo, de esta carta.
Lee. "Del Héroe Portugues á las promesas
»el término llegó. Gombela se halla
»de su enemigo en el palacio mismo,
»y á su libertador en él aguarda,
»cercada de peligros á que cumpla
»el deber sacro de su fé jurada."
¡Qué es esto, amigo! cada letra ha sido
un puñal que destroza mis entrañas.
¡Qué temblor frio por mis huesos corre!
¡Qué repentino horror transporta mi alma
al seno del dolor! ¡En mi palacio,
Gombela oculta! Amigo, en la campaña
mi bravo corazon inalterable,
los mayores peligros afrontaba,
y al pie del mismo trono hoy azorado,
de una débil muger desamparada,
á solo el nombre tiembla. Venir veo

la horrible nube que en su seno guarda
el rayo asolador, y que en pavesas
va á convertir mi solio con su llama.

Dagl. No así te entregues al dolor inútil.
Busquemos á Gombela. ¿Si la carta
de la misma será? ¿Cómo no viene
á presentarse al que en su auxîlio llama?
¿Por qué se oculta en el preciso instante
en que se cumplen sus iniquas tramas?
Busquémosla, sí, amigo; y en secreto,
si se descubre su persona, cayga
ó del mudo puñal al sordo golpe,
ó al pronto obrar de venenosa taza
víctima de tu furia.

Darma. Mas, Daglibo,
¿quién podrá penetrar las circunstancias
en que se encuentra? Acaso la protegen
algunos que me cercan: mi desgracia
sería inevitable si muriera
Gombela, y de nosotros ignorada
quedase la traicion. En ese encierro
el reo está, que de decir acaba
ser de Gombela pérfido emisario,
y confidente: á nuestra vista salga,
y el lugar que la oculta, nos descubra
para pensar lo que convenga.

Dagl. ¡O quántas
confusiones me cercan!
Darma. Llama al reo.
Le da una llave, y abre sacando á Gombela.
Gomb. Y bien: ¿Está mi muerte decretada?
Ni la obscura prision, ni el vil suplicio
son el teatro digno para una alma
excelsa y generosa qual la mia:
mas si el cielo se opone á mi esperanza,
de que al fin fuese el universo entero
testigo de mi honor, juez de mi causa,
á sus decretos con valor me humillo.
Darma. ¿Ves, Daglibo, qué orgullo, y qué insensata
temeridad?
Dagl. Carácter insolente
de la maldad en su delirio osada.
Gomb. La virtud tambien tiene su ardimiento,
y sin él suele ser bien desgraciada.
¿Y quándo un compañero inseparable
del crímen no fué el miedo?
Darma. Infame, basta:
¿Conoces esa letra? ¿Acaso sabes
quién el autor ha sido de esa carta?
Gomb. Gombela la escribió, firmó Gombela:
mia es toda la letra; nada falta
que descubrir en el terrible arcano.

Darma. ¡Pérfida! ¿Tú, Gombela?... ¿Disfrazada
en trage varonil?...
Gomb. Sí; soy Gombela.
Darma. ¿Tales amigos tiene Suni-Ada?
Corrióse el velo á su traicion, y toda
aparece á mis ojos: su constancia
no admiro ya: penetro los misterios
de vuestras expresiones y miradas.
¿Pero Gombela, así se precipita?
¿matar quiere á su hermano, y su Monarca?
Gomb. Yo pretendo vengar de tres hermanos
inocentes la sangre desgraciada;
subir al trono, á que me llama el cielo,
y librarlo del monstruo que lo infama.
Yo ví aquel espectáculo terrible
quando tu mano de puñal armada,
de una funesta tea precedida,
entró de mis hermanos en la estancia,
y á tu golpe cayéron desangrados,
y cadáveres yertos. Yo esperaba
suerte no ménos dura; mas la vida
me supo astuta conservar el Aya,
que mi débil infancia protegia.
Darma. De su ruina liberté la patria.
¿Pudiera un niño Rey el exterminio
evitar que á Ceilan amenazaba

del fiero Portugues en las victorias?
¿No era yo tambien hijo del Monarca?
¿Mi edad mayor, mi militar pericia
no debian suplir la leve falta
de un solemne himenéo, que á mi madre
hiciese Reyna? La corona sacra,
ya que no la heredé, la he merecido,
y la he ganado.
Gomb. Regicida, calla.
Ese de la ambicion es el idioma,
que siempre astuta colocó las vasas
de la justicia en su interes malvado.
Dagl. ¿Y sufres que te insulte temeraria
una vil delinqüente, que depende
en su vivir de tu menor palabra?
Gomb. No recibo temor; yo vengo á darlo.
Darma. Entre los Européos educada,
ferocidad y rigidez subroga
á la dulzura y suavidad del Asia.
Ya sabemos que entre ellos heroismo
y excelso rasgo de virtud se llama
la desesperacion cruel y horrenda
de un alma en sus pasiones obstinada.
Gombela, amo tu vida; te perdono:
benévola mi mano te desata *La quita la cad.*
las pesadas cadenas. No es dificil

preparàrte una vida descansada,
qual conviene á tu sexô.
Gomb. Ya conozco,
pérfido, tu malévola falacia.
Desde que presa tu rigor me tiene,
yo te he visto pasar con inconstancia
de la blandura al ímpetu, y en ruegos
de pronto convertir tus amenazas.
Vaga tu fiero espíritu perdido
en sus crímenes mismos: senda no halla
para poder huir de la inocencia
que pretende oprimir, la vista amarga.
Hoy mira entre los dos el universo
la horrenda lucha que contínuo travan
el vicio y la virtud, que así conmueven
del gran mundo moral la enorme masa.
¿Y sostenerse la virtud pudiera,
no estando en su favor apasionada,
para oponerse al crímen insolente
con generoso fanatismo el alma?
Yo soy muger: tú un hombre endurecido
en la maldad: mi intrépida constancia,
hija es de mi virtud, y tú no puedes
delante de ella sostener tu audacia.
Yo te hice bacilar, quando un arcano
arrancar de mis labios intentabas:

¿qué será ahora, que en mi auxîlio veo
los cielos declararse en esa carta?
Yo estoy en tu poder: romper te es dado
con un puñal mis débiles entrañas;
mas ya el grande placer me otorga el cielo
de morir satisfecha en la venganza.

Darma. ¿Con el poder del Portugues osado,
que en tu favor llamaste, me amenazas?

Gomb. Ay cien veces de tí, si acaso intentas
en mi sangre real manchar tu espada.

Darma. No, Gombela; no den nuestras pasiones
lugar á que la patria desolada
al vergonzoso yugo se someta
de la ambiciosa Europa, que del Asia
tiene las llaves ya. ¿Quál es tuintento?
¿Qué pretendes por fin?

Gomb. El trono, ó nada.

Darma. ¿Y tal respuesta mi bondad merece?
Mira, que las mejores esperanzas
se suelen disipar, como las sombras
quando resplandeciente brilla el alba.
De mi palacio estás entre los muros;
y al fin yo tengo á mi mandar las armas.
El fiero Portugues, que por tí vino,
al frente no ha venido de una armada,
que pueda sostener tu odioso orgullo;

y deberá salir si se lo manda
una voz mia: elige otro partido.

Gomb. Soy Reyna de Ceilan: el trono, ó nada.

Darma. Tu arrogancia inflexîble no me turba;
ocupo el trono: mis vasallos me aman.

Gomb. Mas ni ese amor (aun quando fuese cierto)
y ni la posesion, que es usurpada,
pueden á la justicia y á la sangre
sus derechos turbar. La sombra infausta
del negro crímen á que el trono debes,
toda su hermosa brillantez empaña.
No siempre de un patíbulo afrentoso
sube el perverso las funestas gradas,
que alguna vez en el poder se encumbra.

Darma. Muger altiva y dura, pero incauta;
mira que tu ilusion te precipita.
Calma en tu corazon la voraz llam
de un inútil furor, y que va á hacerte
de su incendio cruel víctima infausta.
Condúcela, Daglibo, á un aposento;
y el trage varonil cambie en las galas,
que al delicado sexô pertenecen.
Su custodia te encargo.

Gomb. ¿Piensas, Darma,
verter mi régia sangre? La engañosa
dulzura y suavidad con que me tratas,

yo sé bien que es ceniza con que cubres
el fuego asolador en que te abrasas.
Siempre es lo mas temible en un tirano,
del tranquilo furor la horrible calma.

Vase con Daglibo, izquierda.

Darma. Vano es al arte, inútil la dulzura,
ocioso el artificio. Horror y saña
mi bravo corazon respirar debe.
Rompa la mina, pues: el volcan salga,
que dentro de mi pecho un disimulo
forzado reprimió. Quiero las guardias
prontas tener, y conocer yo mismo.
En silencio, Gombela y Suni-Ada,
deben morir. Si partidarios tienen,
atérrelos mi súbita venganza.

Sale Tirmala.

Darma. ¿Qué dice el Portugues?
Tirm. Que tu respuesta
esperará no mas hasta mañana.
Darma. Por mí puede partir en el momento.
Tirm. ¿Y á renovar la guerra te preparas?
Darma. Quando fuese preciso, ya conocen
los Portugueses el valor de Darma.
Tú, cumple tu deber; pero no inquieras
los secretos jamas de tu Monarca. *Vase izq.*
Tirm. ¡Fiera altivez! No sabe el fuego oculto,

que por lo más secreto de este alcázar
con furor corre en ignoradas sendas.

Sale Suni-Ada.

Tirm. ¿A dónde tan turbado Suni-Ada?
Pálido y consternado tu semblante,
nuevo infortunio anuncia.

Suni-Ada. En mortal ansia
mi fatigado corazon palpita.

Tirm. Hablé, por fin, al Cabo de la guardia,
que exploró los soldados: nada temas:
para morir por tí, mi aviso aguardan.
Ya no es Darma aquel ínclito guerrero,
á cuyo nombre atónitos temblaban
los Ceilaneses; aun la ruda plebe
en secreto detesta la obstinada
y violenta opresion que la aniquila.
Si un enérgico grito se levanta
con ímpetu, ¿quién sabe á dónde puede
elevar la razon sus esperanzas?
¿Pero tú no me atiendes? ¿Qué suspiros
tu congojoso corazon desata?
¿El empeño en que entraste acaso temes?
¿Qué abatimiento es este, Suni-Ada?

Suni-Ada. Oye, Tirmala; dentro de palacio,
y en trage varonil, Gombela se halla.

Tirm. ¿Cómo? ¿Puede ser cierto?

Suni-Ada. No lo dudes.
Tirm. Venga conmigo, y á mostrarse salga
al pueblo y á la tropa.
Suni-Ada. No es posible:
en estrecha prision la oculta Darma.
Tirm. La violencia tal vez lo puede todo.
Suni-Ada. Otro pesar mi corazon traspasa.
Apagar para siempre me es preciso
de mi ardiente pasion la noble llama;
y pues mi amor perdí, piérdase todo.
Pérfida fué Gombela: oye, Tirmala.
Miéntras á Lopez Sora conduxiste
á su aposento, y de la oculta trama
con el Cabo los planes concertaste,
yo la amistad antigua renovaba
de un Portugues, que entre ellos algun tiempo
traté con muy estrecha confianza.
Este me reveló que Lopez viene
llamado por Gombela en una carta,
y la fineza de volverla al trono
que Darma usurpa, con su mano paga.
¿Has oído mas pérfido designio?
¿Este premio merece la constancia
de mi antigua pasion? El ardimiento
con que me expuse á la mayor desgracia
por evitar la suya, ¿en un engaño

el premio encuentra? ¡Que con llama osada
el rival Portugues mi amor compita,
y un corazon me robe, que las ansias
de tantos años me costó, y peligros!

Tirm. ¿No es lícito dudar?

Suni-Ada. ¿Aquella carta
que Lopez entregó, puede ser otra
que la que el fiel amigo me declara?

Tirm. ¿Podrás ver á Gombela?

Suni-Ada. Aunque pudiera
verla, no quiero. Mi pasion burlada
no debe ya ocupar mi pensamiento.
Yo soy un delinqüente para Darma,
y los medios acaso de mi muerte
dispone ahora. Si á sus pies volára
é hiciera de mi afecto ingenua ofrenda,
no dudes que admitiera mi mudanza.
¿Mas tú lo apruebas? Salvaré mi vida,
ya que perdí mi amor. ¡O temeraria
idea! ¿Dónde el ímpetu furioso
de una pasion zelosa me arrebata?
Enmedio de mis zelos soy amante:
jamas pudo Gombela tanto en mi alma,
como en el mismo instante que me ofende.

Tirm. Es fuerza reprimir la activa llama
que te devora, y tu razon ofusca.

Mira las peligrosas circunstancias
que nos rodean. Los Hondréos todos,
sospechosos desde hoy somos á Darma,
y su violencia pérfida no ignoras.
La tropa en nuestros planes complicada,
¿qué no debe temer si en el peligro
la dexamos tal vez? Quando cargada
la mina está, y de rebentar á punto,
¿piensas retroceder? ¿Tú desamparas
de Darma á los furores, ó al arbitrio
del Portugues, á tu Gombela?

Suni-Ada. Basta.
Ese recuerdo de terror me llena,
y en rápido volcan enciende mi alma.
Serán para mí leyes tus consejos,
con tal que las ideas temerarias
de ese rival infame y ambicioso
desbarates con ellos.

Tirm. Suni-Ada,
tratémoslo en parage mas seguro.

Suni-Ada. Sosten, amigo, mi razon turbada.
Restituye á mi espíritu confuso
el ardiente placer de una esperanza
que huye de mí: no vea yo á Gombela
en brazos de un rival, que no idolatra
su corazon, sino que al trono aspira

á que su justa sucesion la llama.
Vamos á abrir camino entre los riesgos,
con que el destino adverso me amenaza.

ACTO QUARTO.

Darma, y Lopez de Sora.

Lop. Por fin, no has de negarme que se encuentra
Gombela entre los muros de este alcázar.
Darma. Y tú no negarás, si el caso sabes,
que á una traicion vendido lo ignoraba.
Lopez. Lo pienso así: mas ella ha parecido,
y conmigo vendrá.
Darma. Las circunstancias
en que la encuentro, impiden que ese punto
pueda tratar ahora.
Lopez. Ellas me inflaman,
para que mis proyectos apresure.
Veo tercios venir de gente armada
á tu palacio: sé quál es tu astucia.
Darma. ¿Qué sospechas de mí? soy un Monarca.
Lopez. Y otro mayor en mí se representa.
Darma. Su nombre tomas en tu propia causa.
Lopez. Digno de otro respeto es mi carácter:
contesta abiertamente á mi embaxada.

Darma. No manda Portugal en mis vasallos.
Lopez. De mi justicia cuidará mi espada
quando se la encomiende.
Darma. Pronto creo,
Portugues, que podrás desenvaynarla.
Lopez. ¿Al fin me niegas á Gombela?
Darma. Es fuerza
que quede ahora en mi poder.
Lopez. ¿La gracia
tambien me negarás de que un momento
en la prision la vea donde se halla?
Darma. Su perfidia, su crímen exêcrable
eran los que al suplicio la arrastraban,
no yo: mi mano compasiva y dulce
sus cadenas quebró: ya no se trata
con el rigor que un criminal merece
á Gombela; en palacio está arrestada,
y espero al fin que mi razon conozca:
tal el carácter es de mi grande alma.
Pero ay de aquellos que á irritar se atrevan
el justo enojo y el poder de Darma. *Vase izq.*
Lopez. Como quando se escucha el rumor sordo
que precede á la próxîma borrasca,
así observo confusos movimientos
por todo este palacio, que amenazan
un violento uracan: tramas ocultas

creo que deba haber: doblar las guardias,
hervir las plazas con inmenso pueblo,
congregar en silencio tropas y armas,
agitarse en temor y sobresalto,
aunque lo encubra, el corazon de Darma....

Sale Suni-Ada.

Suni-Ada. La confusion me agita, y el desórden
se apoderó de mí.

Lopez. Tú, Suni-Ada,
que entre los Portugueses generosos
de ideas de virtud llenaste tu alma,
y jurabas al crímen ódio eterno,
¿el partido tambien sigues de Darma,
y olvidas los derechos de Gombela?

Suni-Ada. Debo cuidar de mí.

Lopez. Me sobresalta
tu expresion misteriosa. ¿A tí se extiende
de Gombela el peligro?

Suni-Ada. No la faltan
protectores osados que la empeñan,
y sabrán en sus riesgos ampararla.
Yo velo sobre mí.

Lopez. Quien la protege,
imposibles hará por libertarla. *Vase der.*

Suni-Ada. Todo lo puso en movimiento activo
con su prudencia intrépida, Tirmala.

Y miéntras el palacio no presenta
mas que apariencias de segura calma,
observo en rededor prenderse un fuego,
que en breve al cielo elevará su llama.

Mira á la izquierda.

Pero Gombela.... O cielos.... Qué combate

Con abatimiento expresivo.

interior tan cruel siento al nombrarla...
Perjura... Al fin al Portugues entregas
tu heroyco corazon donde brillaba
el mas sublime honor. Venzas, ó mueras,
sobrevivir no puedo á tal desgracia.

Queda apoyado en una columna en estado de afliccion, y sale Gombela en trage de muger.

Gomb. Vuelvo á la misma sala donde estuve:
este es el trono augusto que ocupaba
mi amado padre, y que ocupar debia
su prole perseguida y destrozada.
¿Pero qué veo?... Suni-Ada mio...

Con alguna viveza.

Suni-Ada. ¿Quién tus grillos trocó, Gombela, en [galas?

Con abatimiento.

¡Pero ay! ?Qué me interesa ya tu suerte?
Gomb. ¿Con qué esquivez é indiferencia helada
me recibes? ¿Qué tímida sorpresa
liga tus voces, y tu accion embarga?

Siempre abatido.

Suni-Ada. No es tiempo de doblez y disimulo.
Y les es muy violento á mis desgracias
un silencio cruel. Ve al Extrangero,
á quien tu mano y corazon consagras,
y no dupliques mi mortal congoja.
Déxame en mi dólor.
Gomb. ¿Así degradas
tu amor y mi carácter?
Suni-Ada. ¿El no viene
llamado por tí misma en una carta?
Gomb. Es verdad.
Suni-Ada. Por mi mal he descubierto
la imperceptible red de vuestras tramas.
Tú con tu mano la fineza premias
de venir en tu auxîlio. Ilusa mi alma,
en tu amor y virtud veía un tiempo
reposar sus alegres esperanzas;
mas de engaño en engaño ella ha corrido,
hasta caer al fin precipitada
en el abismo del dolor.
Gomb. Creía
mas digno de mi amor á Suni-Ada.
Tú, sostener con dignidad me has visto
el carácter de Reyna: igual constancia
reservo á la ternura que he jurado.

De un ámor virtuoso brilla en mi alma
la llama generosa, ¿y tú la ofuscas
con la sombría, y vil desconfianza?

Suni-Ada. ¡Ay Gombela!... Me acuerdo que en tus [ojos
para mí entero el universo estaba;
allí la brillantez del claro cielo,
allí la profusion, la pompa y gala
de la tierra en sus flores y sus frutos;
gloria, honor y poder allí moraban:
de la naturaleza en tí veía
todos los atractivos y las gracias.

Con prontitud y gravedad.

Gomb. ¿Y qué ves hoy?

Suspirando.

Suni-Ada. La ingratitud. Su grito
mi ofendida pasion alzar no osára,
á no ver que en su agravio inseparable
el exterminio va de nuestra patria.

Con fuerza.

¡Pasar tú misma al Portugues el cetro
del infeliz Ceilan!

Gomb. En tus palabras
halla mi álma un martirio más horrible,
que en la áspera prision y muerte infausta
que voy á recibir de mi tirano,
por término fatal de mis desgracias.

Supe que el Portugues, mas ambicioso
que amante, sus proyectos combinaba
de conquistar mi corazon y afecto,
viéndome en su poder desamparada,
para volverme al trono de mis padres,
y sentarse á mi lado qual Monarca.
Súpelo, sí: pero en aquel estado,
¿qué podia yo hacer? Sus esperanzas
apoyar, era un crímen; y destruirlas
con una ingenuidad precipitada
era destruir las mias, y aun las tuyas.
Ardió mi pecho en silenciosa llama
de indignacion y de furor.

Suni-Ada. ¿Y piensa
el Portugues, que al Ceilanes faltára
valor para frustrar esos designios?
¿Y el plan, Gombela, oyó de sí olvidada
forjando de su patria las cadenas?

Gomb. Mi carácter de Reyna me excitaba
á humillar con desprecio generoso
las detestables miras; la desgracia,
la orfandad, y abandono miserable
al disimulo odioso me forzaban.
Tu imágen en mi mente aparecia,
que renovó nuestras primeras ansias;
y en tanto que el dulcísimo recuerdo

júbilo y glorias esparcia en mi alma,
al contemplar mi lamentable estado,
era este mismo amor mi mayor rabia,
mi suplicio mayor; y mi ternura,
la que con mas furor me destrozaba.
Llegó la voz del Portugues al campo,
de abrigarse en las próxîmas montañas
un numeroso cuerpo de insurgentes:
yo entónces con recato y disfrazada
en trage varonil, partí, por si eran
zelosos defensores de mi causa
los que al rebelde Vátalo seguían,
ó podia sacar en mis desgracias
algun útil partido de sus quejas.
Ví en ellos una tropa temeraria
de delinqüentes, que el imperio justo
no ménos odiarán en mí, que en Darma.
No son estos los medios, dixe entónces,
con que sus triunfos la virtud prepára:
no ménos en las chozas que en el solio
detexto al crímen; y la infame armada
abandoné, sin que la audaz empresa,
otras satisfacciones me dexára,
que la de conservar tu vida amable,
quando habiendo caído en la batalla,
de tí desconocida, el mortal golpe

pude evitar, y me llevé tu espada.
Recorrí y exploré diversos pueblos,
y con ellos lloré, viendo la amarga
opresion que sus fuerzas consumia;
pero apoyo no hallé, ni de esperanza
un rayo ví con que piadoso el cielo
me quisiese alentar. Abandonada,
seguí la inspiracion de mi corage,
y á este palacio vine: entre sus guardias
admitida, el furor armó mi mano,
y creí que ella sola mi venganza
executar pudiera.

Suni-Ada. Sí, y en tanto
correspondencia oculta conservabas
con ese amante Portugues, que ahora
supones de tí indigno.

Gomb. ¿Pero hallaba
mi cruel situacion otro recurso,
que su poder, para que muerto Darma,
reconociese el pueblo mi justicia,
ó si la noble accion se desgraciaba,
nuevo camino á mi designio abriera?
¿Mas yo vender mi trono? ¿Yo á la patria
dar un Rey Européo? ¡O qué delirio!
Léjos, léjos de mí tan temerarias
y tan baxas sospechas. Considero

que de tus zelos la pasion te inflama,
y que te inspira ideas de tí agenas
quando tu noble corazon degrada:
pero es débil piloto el que no sabe
la vista sostener de una borrasca.

Suni-Ada. Para creer tus voces, yo consulto
mi corazon; y una áspera batalla
de encontrados afectos lo combate:
quisiera amor vencer, pero ofuscada
mi razon, piensa al fin que la perfidia
agotó sus engaños y sus tramas,
para robarme un corazon que ha sido
el solo objeto de mis votos y ansias.

Gomb. El es tuyo aunque mas lo desmereces.
¿Y no podría yo con mayor causa
sospechar (observando tu tibieza)
que mi amor y tu honor abandonabas
por falta de firmeza? Mas no quiero
contaminar con las sospechas baxas
mis nobles sentimientos, y antes juzgo
que el furor de tus zelos te arrebata.
Te he visto ha poco aventurar la vida
por proteger la mia.

Suni-Ada. Está pagada
la deuda que contraxe al recibirla
de tu mano.

Gomb. ¿Tan dura y tan pesada
te era la obligacion? Tu vista vuelve
á mis fieras angustias, Suni-Ada.
Tal vez es este el último momento
en que nos vemos: ofendido Darma,
¿crees tú que no cubra en su aparente
y fingida dulzura la venganza
mas atroz?

Suni-Ada. ¿Y en los planes de su furia,
piensas que no entre yo?

Gomb. Desamparada
de mi amor, aborrezco ya mi vida.
Pero escucho un rumor: vuelvo á la estancia
donde Daglibo me dexó: recibe
este á Dios; que tal vez otras palabras
no podré articular en tu presencia. *Vase izq.*

Suni-Ada. ¡O sí un rayo mis penas acabára!
¡Pero qué abatimiento así me humilla!
Mi gloria, mi interes, mi amor, mi patria,
mi actividad exîgen. Perdonemos
de mi pasion la ofensa; y con Tirmala
el modo pronto de humillar se busque
á mi rival, al Portugues, y á Darma.

Sale Tirmala.

Tirm. Suni-Adá, valor: la tropa sabe
tu peligro: mis órdenes aguarda

para exponer su vida en tu defensa.
Razoné á todos, inflamé sus almas,
y en sus semblantes veo la victoria
con caractéres firmes estampada.

Suni-Ada. ¿Pero dexar podrémos á Gombela
del sepulcro á la orilla? Su desgracia
será la mia.

Tirm. En tono misterioso
á algunos descubrí que aquí se hallaba.
Corrió luego el rumor: de inmenso pueblo
llenándose ya van calles y plazas
con la feliz, y no esperada nueva.
Quanto mayor la muchedumbre, es masa
mas fácil de mover: un tenue soplo,
una voz suelta por azar, la inflama.
Tú á Darma debes observar: procura
desmentir sus rezelos; mas sin armas
te veo: no estás bien: estos momentos
son peligrosos: con recato guarda
ese agudo puñal: su mortal punta
rompa del que te ofenda las entrañas.
Vuelo á salvar tu vida, y á Gombela,
y su quietud tal vez dar á la patria. *Vase der.*

Suni-Ada. Se va, y del Portugues la intriga ignora.
¿Qué puedo hacer? Amor, gobierna mi alma;
él mi norte será: quanto execute

proceder debe de tan noble causa.
La libertad consiga de Gombela,
cumpla con mi pasion, pues á mi llama
va unida de mi patria la fortuna,
y quede de mi nombre eterna fama,
ó por mi muerte ilustre y generosa,
ó por el logro de tan alta hazaña.

Sale Darma.

Darma. Retírate de aquí.

Suni-Ada. Yo te obedezco *Vase der.*

Darma. Nada sabe Candi de quanto pasa
en palacio: que á todos la salida
han impedido con rigor las guardias.
Llegó el momento de verter la sangre
de Gombela, y su primo Suni-Ada.

Sale Daglibo.

Dagl. De tu inaccion por fin el escarmiento
va á caer sobre tí.

Darma. ¿Qué dices? Habla.
¿Qué novedad ha habido?

Dagl. Vi en secreto
al Cabo de la guardia hablar Tirmala,
y luego ésta en quadrillas dividirse,
tomar con disimulo las entradas,
las armas prevenir, y en los semblantes
el fuego descubrir de oculta saña.

Darma. Y bien, Daglibo amigo, ¿qué sospechas?
Dagl. Que la seguridad de Suni-Ada
pedirán con las armas en la mano,
muy en breve tal vez: ciertas palabras
que á la tropa escuché, bien que en confuso
me anuncian su intencion.
Darma. ¿Mas no nombraban
á Gombela?
Dagl. ¿Quién sabe los designios
del Portugues, si viese que sus armas
volvia contra tí tu misma tropa?
Los trágicos efectos ves, ó Darma,
de tu tranquila y lánguida indolencia.
La muerte de Gombela y Suni-Ada,
pudo evitar los males que tememos
con recato y silencio executada.
Darma. Tú sabes bien que al descargar el golpe,
mil funestos rezelos me turvaban.
¿Y qué queda que hacer? ¿Será posible
que logre complicar toda la guardia
Tirmala en sus designios?
Dagl. Es la tropa
que llevó Suni-Ada á la campaña,
y debes sospechar.
Darma. Otros soldados
que les podamos oponer no faltan.

Dagl. Un número crecido de tus tercios
hace ya dias destinado se halla
á custodiar las cárceles diversas,
donde por tu órden la cadena arrastran
los que de tu gobierno y tus acciones
en recatadas quejas mormuraban,
afectando virtud y patriotismo.
Si el que dirige la insidiosa trama
las cárceles violenta, y armar sabe
los viles descontentos; ¿qué desgracias
no debemos temer? Corra la tropa,
corra á los calabozos, y la espada
caiga sobre los pérfidos que en ellos
justicia al cielo contra tí reclaman.
Corra su sangre criminal; librémos
de este peso á tu gente, que sus armas
podrá á otra parte dirigir entónces;
y sin este recurso y esperanza
queden los viles que á ofender se atrevan
tu nombre y tus decretos.
Darma. De venganza,
de sangre, y de furor llenarme quiero.
Persona elegirás de confianza
á quien sin riesgo encomendarse pueda
la dura execucion: parte, ¿qué aguardas?
Vase Daglibo por la derecha.

¡Qué horrible confusion se ha introducido
con repentino movimiento en mi alma!
Los dioses creo ver, y que sus brazos
todos airados contra mí levantan:
mis hermanos tambien á su presencia
me parece que muestran sus gargantas,
y en ellas las horrendas cicatrices
por donde yo forzé á salir sus almas;
y venganza, venganza repitiendo,
mi sangre piden, mi exterminio claman.
Mas si debo morir, mueran conmigo
mis rivales. Gombela, si preparas
un incendio que abrase este palacio,
yo haré que seas de su horrible llama
la víctima primera. *Mira á la der.*

Sale Lopez de Sora.

Darma. ¿Qué pretendes?
Tu vista me es odiosa: tu embaxada
ya satisfecha está: de mí no aguardes
otra contestacion.

Lopez. Saldré mañana
de Candi.

Darma. Y al momento de palacio
á entrambos puede convenir que salgas. *Vas. izq.*

Lopez. ¡Vanidad insolente! ¡fiero orgullo!
¡Déspota al fin de los que engendra el Asia!

En busca vine de Gombela; acabo
de saber por su primo Suni-Adà,
que no está en la prision. Le he descubierto
lleno de generosa confianza
todos mis planes: ví que por Gombela
su tierno corazon se interesaba;
y aunque al oir que de Ceilan al trono
de mí quiero que suba acompañada,
se sorprendió su espíritu, al momento
prometió su favor.

Sale Suni-Ada.

Suni-Ada. Si acaso Darma...
¿Pero Lopez, tú aquí?

Lopez. Busco á Gombela.

Suni-Ada. Aquí se acerca por la opuesta sàla.

Sale Gombela.

Lopez. A mi vista por fin te restituyen
los cielos, ó Gombela idolatrada;
y aunque por todas pàrtes los peligros
tus inocentes años amenazan,
aquí mi espada está, y aquí mi pecho:
cien bravos Portugueses me acompañan,
que á destino mejor te abrirán senda.
Generoso qual suele Suni-Ada,
favorecer pretende mis designios.

Gomb. ¿Y quáles son?

Lopez. Que de palacio salgas
á viva fuerza; que conmigo vengas,
y volvamos al frente de una armada
á colocarte en el paterno solio.
Gomb. ¿Y no mas?
Lopez. Tú bien sabes quánto en mi alma
dominan tu virtud y tu hermosura,
y el estado conoces de tu patria.
Un brazo necesita que asegure
el vacilante trono. Europa y Asia
puedes tú sola unir en lazo eterno:
los ódios trueque amor en alianza,
y confundan amigos sus banderas,
el de Candi y el de Lisboa.
Gomb. ¿Y tratas,
tú Suni-Ada, de prestar auxîlio
á tales planes?
Suni-Ada. Eres soberana
de Ceilan, y tambien de tus afectos.
Gomb. Reyna en el nombre, y en el hecho esclava,
sigo el impulso ciego de mi suerte. [salgas
Suni-Ad. ¿Qué puedo, pues, yo hacer, si porque
del temido poder de tu tirano,
preciso es que mi sangre desgraciada,
rotas mis venas todas, á dar corra
un testimonio de mi fé y constancia?

Pronto estoy al ilustre sacrificio:
bien sabes que lo haré sin repugnancia:
tú lo sabes Gombela. Si tu causa
de mi sangre infeliz no necesita,
cumple tu voto al fin: yo á ignotas playas,
prófugo, errante, en mi dolor sumido
iré á esconder mis lastimosas ansias,
sin mas consuelo que saber que vives,
en el amor y el trono afortunada.

Gomb. Yo tu fineza generosa admito:
pero ántes oye. En tu poder estaba,
Lopez de Sora, la infeliz Gombela;
á su adverso destino abandonada
oyó la insinuacion de tus afectos,
aunque en confusas sombras explicadas.
¿Pero la contextó? Yo te conjuro
por la heroyca virtud de que te jactas
á que respondas con sincero labio.
¿Dí, yo fomento á tu amorosa llama?
¿Comprometí mi corazon?

Lopez. Yo nunca
merecí que tu amor me declaráras.
Es verdad. Mas los planes de elevarte
al trono de tus padres aceptabas,
y todo terminaba á un mismo objeto.
¿No me enviaste á llamar por una carta,

y acudí á tu peligro?

Gomb. Lopez Sora;
en las resoluciones de nuestra alma,
lo que llamamos eleccion ser suele
efecto de las mismas circunstancias
que nos rodean. Imploré tu auxîlio
por no haber otro arbitrio que mi causa
favorecer pudiese. Si piadoso
por una jóven Reyna, destronada
del grande Rey de Portugal, quisieres
interesar las vencedoras armas,
un héroe veré en tí: y á decir iba
una divinidad. Por esta hazaña,
digna de tu valor Candi y Lisboa
podrán unirse en inmortal alianza.
Pero si al verme desvalida quieres
la fortuna formar de mi desgracia,
veré en tí un ambicioso detestable,
y no otra cosa. En vano mi constancia
combatirás: no debo por el trono
vender mi corazon, y hollar mi patria.

Suni-Ada. ¡O rasgo de heroismo inimitable!

Lopez. ¿Y así desprecias la ocasion cercana
de recobrar un trono ya perdido?

Gomb. El trono es á mis ojos sombra vaga,
si por medio tan vil debe adquirirse.

Resuelve al fin, si la ambicion te inflama,
y otro móvil no aníma tus acciones:
sal luego de Candi, dexa este alcázar,
donde ya creo ver la horrible tumba,
que el hado inexôrable me prepara.

Gomb. No, Gombela, no viene el Européo
á aprender las virtudes en el Asia.
Yo sabré contener mi llama activa
dentro del corazon. Pero mi espada
combatirá por tí quanto quisieres
aunque pierda mi amor sus esperanzas. *Vase der.*

Suni-Ada. Dexa, Gombela, que tus plantas bañe
con llanto agradecido.

Gomb. Mi constancia,
ofendida por tí, debe oponerte
un desprecio humillante: pero cambia
un fino amor mis sentimientos todos,
y olvida el extravío que lo agravia.
Soy Reyna, soy amante; ambos deberes
he cumplido á tu vista, Suni-Ada.
¿Y quáles por fin eran tus designios,
si el Portugues osado se empeñaba?

Suni-Ada. Aquí ves un puñal disimulado,
á cuya punta encomendó mi rabia
la execucion de su decreto horrible.
Si el Portugues tal vez amenazaba

forzar tu corazon, y al trono régio
subir con el apoyo de sus armas;
clavado hubiera el homicida acero
mi mano vengativa en sus entrañas.
Si tú para subir al solio augusto
la fé que tiempo me juraste hollabas,
sometiendo tu patria á la cadena,
verter me hubieras visto aquí á tus plantas
hasta la última gota de mi sangre,
siendo yo mi homicida.

Gemb. ¿Qué vil alma
tan baxo sentimiento abrigaria?
Suelta el puñal, que me horroriza.

Le quita el puñal.

Suni-Ada. Darma *Mira á izq.*
se acerca con Daglibo.

Gomb. Huye.

Suni-Ada. Tu riesgo
empeña mi valor.

Gomb. Ya estoy armada.
Sangre á lo ménos costará mi muerte. *Vase izq.*

Suni-Ada. ¿Dónde debo acudir? ¿Podré dexarla
abandonada á su mayor peligro?
Explorar quiero la intencion de Darma,
oculto entre las sombras de su trono.

Se oculta en el trono.

Salen Darma y Daglibo.

Darma. La insurreccion, amigo, se declara:
unos guardias con otros han trabado
horrenda lid. El pueblo á la gran plaza
acude en sus pasiones dividido,
y miéntras unos á Gombela aclaman,
otros por Suni-Ada se deciden.
Dagl. Salgamos, pues, á combatir.
Darma. Mi saña
de Candi presto inundará las calles
de sangre y de terror. ¡O vil Tirmala!
tú avivaste la llama sediciosa
que me amenaza. Amigo, aquí hay dos armas,
Saca dos pistolas.
sierpes de fuego, que al pactar las treguas,
el Portugues me dió: no á la batalla
salir te mando, no: toma la una
á su horrible deber ya preparada,
y con escolta fiel busca á Gombela;
súbela á lo mas alto del alcázar,
y sin desamparar su lado, atiende
al suceso del choque: si empeñada
la plebe aun á mi vista la aclamase,
te haré una seña: entónces tú dispara
sobre su corazon el plomo ardiente,
y desde allí precipitado cayga

su sángriento cadáver sobre el pueblo,
dándole horror su mísera desgracia;
que al ver frustrado su designio infame
huirá la muchedumbre consternada:
cumple bien mi precepto; que yo acudo
donde mi riesgo y mi furor me llaman. *Vase izq.*

Dagl. Tu temerosa obstinacion, Gombela,
hoy tus designios con tu vida acaba.

Vase, y se descubre Suni-Ada.

Suni-Ad. ¡Qué amargura! ¡Qué horror! ¿Desesperado
me arrojaré al furor de la batalla
buscando á Darma? Pero entónces queda
Gombela á su peligro abandonada.
¿El cielo persevera todavía
inexôrable á mis mortales ansias?
¿todavía encubiertos nuevos rayos
que fulminar contra mi vida, guarda?

Sale Tirmala.

Tirm. Trabada está la lid: las huestes todas
verte pretenden, y tu nombre aclaman.
Sobre la misma puerta de palacio
con horror se pelea: ves mi espada
teñida toda en enemiga sangre,
aunque por débil brazo gobernada.
En el atrio te espera un confidente
que te dará rodela, pica y lanza.

Vuela á fixàr en el dudoso choque
la victoria feliz.

Suni-Ada. ¡O si encontrára
hierro enemigo, que mi pecho abriese,
y el triste corazon me destrozára!
¡Ay Tirmala! es inútil la victoria;
Gombela queda en el poder de Darma.
El bárbaro decreto de su muerte
pronunció, yo lo oí: su rabia insàna
en desesperacion cruda y horrenda
con un crímen feroz nos arrebàta
á tí de tus fatigas el objeto,
al honor y virtud, la mejor alma,
al imperio de amor la mayor gloria,
y á mí el gran premio de mis tiernas ansias,
á la inocencia su mejor modelo,
y á Ceilan sus mas nobles esperanzas:
pero al fin, si librarla no he podido,
sellaré con mi sangre su venganza. *Vase der.*

Tirm. Qual rayo de la esfera desprendido,
respirando furor al atrio baxa.
Ya sus tropas lo han visto, y en sus pechos
la cólera renace: la batalla
con ímpetu mas ciego se renueva.
Ya las armas empuña Suni-Ada,
y al furioso combàte le conduce

el implacable ardor de la venganza.
Su rodela retumba con los golpes
de las contrarias picas que rechaza.
Las lanzas vuelan por el ayre rotas,
y él quiebra con la suya cien espadas,
que amenazan su vida. La victoria
se declara por él. Ya está forzada
la puerta de palacio, y en él entran
los vencedores con furor y rabia.
Darma infeliz, tu trono titubea.

Voces dentro: Viva Gombela, y viva Suni-Ada.

Entran unos soldados retirando á otros, así por el salon como por la galería, quedando uno y otro ocupado por los vencedores, y sale Suni-Ada.

Suni-Ada. Venciéron la razon y la justicia.
¿Mas dónde está Gombela? ¿Dónde Darma?
¿Quál el fruto será de la victoria?
¿Por quién se ha combatido, si ella falta?
Vuestra Reyna infeliz, buscad, amigos.

Suena un tiro.

¡Pero qué escucho!... O Dios... Sosten, Tirmala,
mi moribundo cuerpo.

Tirm. ¿Qué ha sido esto?
?Por qué de pronto tu valor desmaya?
Turbia la vista, pálido el semblante,

terror me inspira. Amigo... Súni-Ada...

Suni-Ada. A ese tiro cruel murió Gombela.

Tirm. ¿Qué dices?

Suni-Ada. Esta ha sido la venganza
de su odioso tirano. ¿Así los cielos
de la virtud la causa desamparan?
Miéntras yo busco su real cadáver,
y huyendo de esta tierra mal hadada,
parto con él á montes no habitados
á humedecer su tumba solitaria
con lágrimas de amor, vengad amigos,
vengad á vuestra Reyna desgraciada.

Sale Gombela.

Gomb. Aquí la Reyna está.

Suni-Ada. Gombela... ¿vives?

Gomb. Jamas me ví á la muerte tan cercana.
Vivo, y soy tuya. Me subió Daglibo
á asegurarme en lo alto de este alcázar,
y sacando de pronto una pistola,
á la menor accion me amenazaba
con su tiro fatal. Soltarlo quiso,
mas su iniqua intencion desairó el arma,
convirtiendo la ruina en solo amago.
Con feroz mano recurrió á la espada;
pero veloz, y mas feliz la mia,
le clavó tu puñal en las entrañas.

En su sangre revuelto cayó entónces
á morir á los pies del mismo Darma,
que sostenerse en su pesar no pudo;
y viendo que las tropas lo cercaban,
sacó, mirando al cielo, otra pistola;
y ardiendo en ira y congojosa rabia,
la disparó sobre sus mismas sienes,
y con grito mortal arrojó el alma.
Ese fué el tiro que se oyó, y que puso
término venturoso á mis desgracias.

Tirm. Ya no exîste el tirano. ¡O cielo justo!
¡cómo el castigo á la maldad dilatas
por hacerlo mayor!

Gomb. Ya Ceilaneses
paz vuestra Reyna y júbilo os prepara.
Sola y en desamparo el universo
me ha visto en trage varonil osada,
prófuga y peregrina, á mil peligros
frente hacer con valor, por dar venganza
á la sangre infeliz de tres hermanos;
un trono recobrar que me usurpaba
el regicida infame, y á mis pueblos
librar al fin de su opresion tirana.
Por esto pisé arenas ardorosas,
superé las mas ásperas montañas,
vencí los rios, habité desiertos,

metime en el horror de las batallas,
velé las noches, fatigué los dias,
busqué en su mismo lecho al impío Darma,
y me expuse á morir en un suplicio.
Por premio de mi intrépida constancia
al solio que heredé me vuelve el cielo;
mas yo quiero subir acompañada
de un Rey digno de mí, digno de un pueblo
que aprecia la virtud. A Suni-Ada,
sobrino de mi padre, doy mi mano:

Los soldados se arrodillan humillando las armas.

él quitará las sombras con que Darma
ha obscurecido el resplandor del trono,
y la gloria será de toda el Asia.

Suni-Ad. Mas que esposo, tendrás en mí un amante;
y mas que un Rey, un súbdito la patria.

Tirm. Demos á la adorable Providencia
por tanto beneficio inmensas gracias.

Suni-Ada. Y de la Reyna de Ceilan el mundo
admire la virtud y la constancia.

FIN.

